

X.

ARISTÓTELES.

Todas las sectas que se formaron despues de Platon fueron eclipsadas por Aristóteles (384-321), natural de Estagira. Este discípulo de Platon, que abrió su escuela en el Liceo, fué de todos los filósofos griegos el que adquirió mayor celebridad y el único que consiguió sobrevivir por muchos siglos y reinar sin rival en todas las universidades de Europa hasta el siglo pasado.

Aristóteles, siguiendo la doctrina de su maestro, y fundándose en sus mismos principios con frecuencia, hizo de su sistema una protesta contra las tendencias siempre idealistas de Platon. Este no había visto en el mundo más que ideas: Aristóteles, partiendo del exámen de la naturaleza, introduce al lado de la idea la formalidad, la realidad sensible y la experiencia. A la tendencia panteística de Platon opone el individualismo; á la unidad, la distincion entre lo especulativo y lo real. De aquí se sigue que Aristóteles modificó la doctrina de Platon para hacerla aplicable; buscó el justo medio entre la teoría y la práctica; creó, por decirlo así, lo que, considerado aquel estado de filosofía, podemos llamar idealismo experimen-

tal y práctico; y en vez de hacer de la filosofía la ciencia de las ideas, hizo la ciencia de las causas últimas y generales de todo lo que existe, la ciencia de los fines. La filosofía contiene las razones generales, que existen por sí mismas en el mundo como leyes universales y en el entendimiento como ideas innatas: las razones particulares las adquirimos por los sentidos y la experiencia. De aquí proviene la distincion individual. Así, para Platon la realidad es la imágen de la idea preexistente; para Aristóteles la idea es el reflejo de la realidad.

El fundamento de la doctrina de Aristóteles respecto del conocimiento es que nada hay en el entendimiento que no haya estado ántes en los sentidos; frase que, exagerada despues en su significacion literal, fué la base del sensualismo. Aristóteles, sin embargo, no era sensualista; huyó de este defecto, considerando el entendimiento como un sentido general y dando á la frase que hemos citado una interpretacion en que se consideraba mas bien el órden en el tiempo de las sensaciones y de las ideas que una verdadera generacion.

Con esta misma máxima, el filósofo estagirita establecía ya algo real; por lo ménos lo que nó enseñan los sentidos, fundando así el conocimiento de la naturaleza en la experiencia, por la cual adquirimos las ideas

de infinito y finito, de espacio y de tiempo, la causa y efecto, pasando siempre del conocimiento inmediato, que nos enseña lo particular, al mediato que, por medio del raciocinio, nos enseña lo universal.

El movimiento, dice este filósofo, es eterno, sin principio ni fin; está producido por una causa eficiente, que debe residir en un sér vivo y eterno; el movimiento, como todo en el mundo, tiene un fin que no puede ser más que el bien. De este modo Aristóteles llega á la teología por la física, y adquiere la concepcion de Dios observando el mundo en su materia, su forma, su movimiento y la causa que lo produce.

El mundo está constituido por la materia; ¿pero qué es la materia? Una sustancia virtual, que existe desde la eternidad, que no tiene por sí misma ninguna cualidad distinta, que necesita un principio *formador* que la diferencie en los séres y en los objetos individuales, y que la imprima un fin.

El movimiento es el principio que une la materia y la forma, principio tambien de distincion; es el poder en accion, y por tanto eterno como la materia. El movimiento exige además un primer motor, que es Dios.

Pero este Dios no es para Aristóteles, en realidad, más que la razon del universo, de inteligencia infinita, cuya accion no descien-

de á las causas particulares y á las relaciones individuales.

Dios es, pues, el principio del movimiento; pero en todo movimiento hay que distinguir tres cosas: lo que se mueve, la fuerza motriz, y el principio ó motor inmóvil, causa del movimiento. Lo que se mueve es el mundo; el principio inmóvil ó causa primera es Dios; y las fuerzas motrices son el *primer cielo*, intermedio entre Dios y el mundo. La causa final de este movimiento es el mismo Dios.

Para comprender bien el Dios de Aristóteles es preciso tener presente que, subordinado todo en el mundo á una serie progresiva de causas, y teniendo por objeto la filosofía el estudio de las primeras y más elevadas, necesariamente había de admitirse una superior á todas las demas. Esta causa es Dios.

Está es en resúmen toda la parte útil de la doctrina de Aristoteles, respecto del mundo y de las relaciones entre Dios y el universo. De ella se deduce que el filósofo de Estagira, á pesar de participar de algunos errores, comunes á todos los griegos, se formó de estas relaciones entre el Sér supremo y el mundo una idea bastante exacta. Aristóteles no tuvo la grandeza de Sócrates, ni la elevacion de Platon; pero profundizó mucho más el conocimiento filosófico de los cuerpos y de la materia, y dió á su doctrina

el carácter de ciencia, que hasta entónces puede decirse era casi desconocido en los demás sistemas filosóficos.

Estableció un criterio, aunque individual; sentó los fundamentos de la lógica, y dió el mayor paso en el conocimiento de las leyes internas de la razón; distinguió las ciencias teóricas de las experimentales, y pretendió dar á estas últimas principios racionales.

Aristóteles, sin embargo, adolece de grandes errores en el conocimiento del mundo. El individualismo real, que es el fundamento de su doctrina en la parte física y experimental, le hizo olvidar las grandes leyes de relación que unen á los seres entre sí, y buscar para la explicación de los hechos una porción de causas aisladas é individuales, destruyendo la ciencia bajo este punto de vista físico. Admite en los cuerpos cualidades especiales que tienen cierta analogía con los efectos morales de simpatía y odio, y prepara con la continua distinción, y con la referencia de las propiedades aisladas al mismo cuerpo, la filosofía escolástica de que había de hacerse tan gran abuso, y los errores supersticiosos que habían de detener por mucho tiempo el progreso científico, oponiendo á la sencilla observación y al instructivo experimento las causas ocultas, las virtudes secretas, el húmedo radical y la aplicación

de una metafísica ontológica al estudio de las propiedades naturales.

Respecto del conocimiento material astronómico, Aristóteles creía que la tierra estaba en el centro del mundo: distinguió los planetas; conoció y aun observó sus eclipses; demostró que la sombra producida por la tierra en el espacio debe ser cónica, por ser el sol de mayor tamaño que nuestro globo y estar limitado por la tangente á ambos cuerpos. Consideró la vía láctea como un meteoro, igualmente que los cometas, los cuales creyó que eran producidos por una exhalación seca y cálida que se eleva en las regiones superiores, y allí se condensa y se inflama; por último, explicaba las manchas de la luna como el reflejo de la tierra sobre la brillante superficie de nuestro satélite. No dijo claramente que los astros estuviesen animados, pero sí admitía en cada uno una inteligencia inmortal que presidía sus movimientos y su vida.

Sus observaciones sobre algunos puntos en las leyes de la naturaleza tendrán siempre gran importancia para el historiador científico: hizo al fuego imponderable, lo cual es exacto hasta hoy; y consideró el aire como pesado, demostrando y aplicando la presión atmosférica. Concibió la causa del movimiento curvilíneo y la resultante de las

fuerzas concurrentes, base hoy de la explicacion del movimiento de los astros; indicó la existencia de una gran fuerza con tendencia al centro de la tierra, idea en gérmen de la gravitacion, y demostró por hechos astronómicos, como la observacion de la visibilidad de los eclipses, la redondez y tamaño de la tierra. Observaciones todas importantísimas que nos obligan á creer cuán otra hubiera sido la historia del progreso científico si sus contemporáneos y sucesores, tomando la experiencia y el análisis por bases, hubieran estudiado y tratado de comprobar la doctrina aristotélica.

Aristóteles, genio organizador, práctico y experimental, ha sido el filósofo que por más tiempo y más despóticamente ha dominado en el mundo. Sus libros se han reproducido hasta el infinito, lo mismo que los comentarios, y sus doctrinas casi han llegado hasta nuestros días.

Los cuatro elementos constitutivos del mundo, fuego, agua, aire y tierra; las cuatro cualidades, calor, frio, humedad y seguedad con sus seis combinaciones; la explicacion armónica del órden natural de estos elementos para que el agua temple la seguedad de la tierra, el aire la fria cualidad del agua, y el fuego la humedad del aire; la division de los elementos en regiones, en cada una de las cuales se engendran los meteoros á cau-

sa de las exhalaciones secas y cálidas, ó húmedas y frias; los cielos de los planetas; toda la ciencia aristotélica, en una palabra, es la que ha dominado en Europa resistiéndose á todo progreso y á toda inovacion, buscando en sí misma razones para admitir lo nuevo cuando era evidente, como comprendido en su doctrina.

## XI.

### ESTOICISMO.

Creencias de los estoicos. — Su moral. — Zenon.

Las tres lumbreras de la filosofia griega, Sócrates, Platon y Aristóteles, habian recorrido por completo el campo en que debían ventilarse los grandes problemas dentro de aquella civilizacion. Sócrates habia dado el fundamento posible á la moral, llegando en sus máximas adonde no llegó ningun otro filósofo; Platon, en su idealismo, abrazó todo lo más selecto de sus predecesores y dió toda la extension posible á la idea del bien; Aristóteles fué enciclopédico y formó el código de la filosofia aplicada. No era posible á los griegos ir más allá.

Para progresar era necesario una nueva base de más solido cimiento: el edificio griego estaba terminado: la ciencia se estrellaba ya en el *non plus ultra* de su progreso: como el mar, habia tenido su poderoso oleaje y

venía á morir pobremente donde Dios había escrito : De ahí no pasarás. Por esto los filósofos subsiguientes á Aristóteles marcan una época de gran decadencia : sus doctrinas son una degradacion; sus sistemas se reducen á tres : el estoicismo, que es el desprecio del mundo y del hombre; el epicureísmo, que es el deificacion del egoísmo brutal, y el escepticismo, que es la degradacion y el abandono del entendimiento.

Ya hemos visto que los gérmenes de estas doctrinas se encontraban hacia tiempo en la filosofía griega; pero había ahogado su desarrollo el constante progreso : cuando éste cese, cuando no pudo irse más allá por haber terminado su mision, la ciencia griega, los filósofos, que no siguieron la doctrina de tan grandes maestros, tuvieron que retroceder á una de las tres sectas que hemos citado. La ciencia, como los astros, está siempre en movimiento progresivo ó retrógrado; es imposible comprender su completa paralización ni por un momento.

Algunos consideran la doctrina del Pórtico como una protesta de la más severo virtud contra la corrupcion de costumbres, como primer anuncio de una reforma que había de llevar á cabo el cristianismo. Nosotros no somos de ese parecer. Los estoicos buscaron ciertamente ante todo un criterio moral y tributaron gran respeto á la virtud;

pero ¿qué filósofo no había hecho lo mismo? ¿Ni quién se hubiera atrevido á defender el vicio como vicio y el crimen como crimen? La diferencia estaba solamente en lo que cada secta ó cada filósofo entendía por moral ó por virtud.

Los estoicos, llamados así porque solían reunirse para discutir en el Pórtico ó *Stoa*, fueron en realidad panteístas : Dios, la virtud y la naturaleza eran para ellos una misma cosa. El mundo es Dios y materia : Dios es la materia total, la unidad total de los cuerpos y de los objetos. La realidad existe en la materia, lo mismo que la causa, la esencia y la cualidad; y al reducir lo incorpóreo al vacío, al espacio y al tiempo, hacían corpórea el alma y hasta la virtud y el vicio; de modo que la materia viene á ser la razon de la esencia y de la cualidad en los cuerpos. La materia es pasiva: Dios es su influencia activa, su principio anímico y causal. Así es que demostraban la existencia de Dios diciendo: el vacío no existe: luego todos los cuerpos son uno sólo: este cuerpo está animado; su alma es Dios. Es, pues, Dios respecto del mundo la fuerza motriz de la materia, su espíritu racional, el éter ó fuego artifice que le vivifica.

Dios formó el mundo; pero le formó de sí mismo, ordenando y distribuyendo la materia; de modo que la vida del mundo es el

desarrollo de la vida divina: Dios es como la semilla de las cosas; semilla de donde germina el mundo, siguiendo leyes necesarias.

La fuerza productora del mundo es el fuego divino, el cual produce la generacion con arreglo á leyes inmutables; por este fuego empezó todo, y por él terminará. Hay un encadenamiento constante en el mundo: la planta sirve al animal, el animal al hombre; el hombre no tiene más mision que imitar á los dioses, así como éstos deben imitar al Dios único. La tierra será consumida por el fuego y dará entúnces nacimiento á otro mundo.

Los estoicos admitían la evidencia de los sentidos, si bien con ciertas condiciones, y demostraban fácilmente la imposibilidad de la duda eleática, haciendo ver que, á pesar de esta creencia, todos los hombres se decidían siempre por algo. Pero no tenían más criterio de moral que la imitacion de la naturaleza, por cuya causa solían citar como preceptos los actos y la conducta de los niños.

Tal es en resúmen la doctrina de Zenon (264), jefe y fundador de la secta estoica, pensador profundo, dedicado á la filosofía despues de una gran pérdida en sus intereses como comerciante, doctrina que conservaron sus sucesores Cleanto y Crisipo.

Todos ellos admitieron los cuatro elementos sujetos á leyes constantes, cuyo objeto era la generacion continua. Supusieron que el sol, la luna y las estrellas, siendo un principio igneo, eran dioses; que el aire, la tierra y el agua, procediendo del fuego, eran también dioses, y hallaban la razon de los fenómenos físicos en la continua accion de ese fuego, que obraba sobre la materia.

El estoicismo tuvo escasa ó ninguna influencia como doctrina científica, porque volviendo á algunos problemas antiguos, olvidados despues de Sócrates, rechazó el progreso; pero adquirió una gran fama como doctrina moral, siendo practicado por sus adeptos el desprecio de todo lo externo, y principalmente del dolor, con una fe y una constancia admirables. Pero al mismo tiempo que Posidonio declaraba en medio de agudos dolores que jamás confesaría, por más que le atormentasen, que el dolor era un mal, Dionisio de Heráclea, otro estoico, decía: «No puedo aguantar el dolor á pesar de la filosofía; luego el dolor es malo.»

El estoicismo, en medio de sus errores y de aquel desprecio humillante, que era su carácter distintivo, conservó algunas costumbres puras y fué, bajo el punto de vista del dominio del alma sobre el cuerpo, la doctrina más perfecta ántes del cristianismo. Ninguna otra secta se impuso tan rígidos

deberes, ni supo demostrar hasta qué punto puede vencer una voluntad enérgica las contrariedades del mundo: nadie había pensado en negar rotundamente, como hacían los estoicos, la existencia del mal y del dolor.

Esta negación sólo puede comprenderse suponiendo que los estoicos buscaban la razón de la virtud y la causa de la necesidad de obrar bien, porque en la moral griega la voluntad humana no tenía razón suficiente para preferir la virtud al vicio, por lo menos en cuanto el vicio no se presentase como inmediatamente perjudicial: los estoicos reemplazaron esta causa de la virtud negando el mal y el dolor; es decir, en vez de dar fuerza y autoridad al principio moral que debía impulsar al bien, y vencer los obstáculos que á ello se opusieran, quitaron éstos, negando su existencia.

## XII.

## EPICUREÍSMO.

Doctrina de Epicuro. — Sensualismo. — Movimiento de los átomos. — El dios de los epicureos.

Contra esta doctrina tan pobre considerada moralmente y que tan admirables ejemplos de fuerza de voluntad dió á los demás filósofos, se levantó la doctrina de

Epicuro (337-270), que era la glorificación del sensualismo.

Ambos sistemas son propios de una época de decadencia rápida de la filosofía; son la consecuencia necesaria de doctrinas que no han podido hallar la verdad; la protesta que la razón hace contra los inútiles esfuerzos de una filosofía ineficaz; el desprecio de esa filosofía. Este desprecio toma tres formas: el orgullo personal, que es el estoicismo; el egoísmo, que es la doctrina de Epicuro; ó el escepticismo, que es el último término de ambos sistemas.

La filosofía griega había realizado su escasa misión, estaba en la vejez, y por eso, dice un célebre filósofo, el estoicismo y el epicureísmo representan en el desarrollo de la filosofía griega ese período de la vejez en que el hombre cae de nuevo en la infancia y vuelve á la caprichosa voluntariedad y á los placeres materiales, aunque aprovechándose de los consejos de la experiencia. El niño que se hace daño por satisfacer su capricho, niega el daño, contiene las lágrimas como el estoico, y busca el placer como el sensualista sin ver las consecuencias.

Mas este sensualismo toma en la escuela de Epicuro el carácter repugnante de la vejez libertina. Aristipo buscaba el placer con la fogosidad del joven. Epicuro le busca con la meditacion y la experiencia, le calcula, l

modera á veces para que la vida, que no tiene otro objeto, se prolongue lo más posible; y convierte el mundo y la Naturaleza en talleres del placer humano; y hace de la física una ciencia que tranquilice al hombre respecto de los temores que pueden inspirarle los fenómenos naturales.

El sensualismo de Epicuro, aplicado á las ciencias, debía dar necesariamente el materialismo; por eso siguió la doctrina del atomismo ideada por Demócrito, pero modificada algun tanto, suponiendo en los átomos un movimiento propio de desviacion de la perpendicular que los atraía mutamente, formándose así los cuerpos. La existencia de estos átomos es hipotética para el mismo Epicuro, porque los átomos no causan en nosotros sensacion alguna; sus leyes se reducen al movimiento que hemos dicho, y por tanto la ley suprema del mundo material es la casualidad; es decir, la ausencia de toda ley, por más que algunos hayan querido explicar esta casualidad como el concurso de las acciones moleculares de los átomos entre sí.

Los átomos son el principio de todas las cosas; su concurso forma el universo, el alma humana y la naturaleza de los dioses. Hay infinitos mundos; y podrá haber más ó menos; eso depende de la casualidad que mueva sus átomos. El alma humana es material,

compuesta de átomos ígneos y redondos; los dioses son tambien materiales, pero no sienten necesidad alguna.

Los epicúreos admitían la evidencia en los sentidos, y condenaban la duda eleática; pero incurrian en el error de considerarlos como criterio de verdad. Este principio, exagerado y aplicado á la moral, fué el que dió carácter á su secta. Refiriendo el placer y el dolor á los sentidos, buscaban el primero y huían del segundo.

Epicuro rompe por completo todo vínculo entre Dios, el mundo y el hombre; hace del primero y del último uno seres despreciables, y del mundo un efecto de la ciega casualidad. No hay en ésta, como en ciertas doctrinas materialistas, fuerzas ó propiedades necesarias en la materia; no hay leyes en la naturaleza; no hay siquiera, como habían creído otros filósofos griegos, un espíritu que anima el mundo y le dirige y conserva.

Dios ó los dioses ni han creado el universo, ni le han dado leyes, ni se acuerdan de él. En la disputa con Balbo, en que tan bien retratado está Epicuro, le dice: «Un dios no hace nada más que gozar; es un dios feliz; pero vuestro Dios está oprimido de trabajos; porque si creéis que Dios sea el mundo, como está girando siempre alrededor del eje del cielo con mucha rapidez no tiene un



solo instante de sosiego; y sin quietud no hay felicidad. Y si quereis que haya un dios que gobierne el mundo; que presida el curso de los astros y de las estaciones; que lo arregle y disponga todo, que tenga los ojos puestos en la tierra y en los mares; que cuide de la vida de los hombres y acuda á sus necesidades, tiene en verdad muy enojosa y pesada carga. Para ser feliz es preciso tener la imaginacion tranquila y no pensar en nada. Por otra parte, si vuestro Dios es un señor eterno, hay que estarle teniendo miedo de noche y de dia. ¿Cómo no temer á un Dios que lo prevé todo, que piensa en todo, que lo mira todo, que cree que todo es suyo, que se quiere meter en todo? »

Con estas frases queda juzgado Epicuro por si mismo: y para conocer toda la miseria de su doctrina no hay necesidad de saber que su moral se reducía « á no concebir más que la felicidad que consiste en beber y en comer, en la armonía de las músicas que agradan el oido y en los placeres carnales. »

Los estoicos y los epicúreos acabaron, puede decirse, son la filosofía griega; detras de ellos no quedó más que el escepticismo, que empezó á presentarse como doctrina con Arcesilao, y termino con Sexto Empirico, recorriendo en este tiempo todas las formas posibles, desde el doctrinarismo práctico hasta el dogmatismo. Pero este escepticismo

no era ya el de algunos filósofos ó de algunas sectas; era el escepticismo del pueblo, del indiferentismo hácia una filosofía que no había podido satisfacer la sed de verdades fundamentales que devoraba á aquella sociedad.

Nada debemos decir sobre este escepticismo, porque, como doctrina negativa, no dió un paso en el conocimiento del mundo.

### XIII.

#### ROMA.

Digamos algunas palabras sobre la otra nacion que dividió con Grecia la admiracion del mundo en los tiempos cercanos al cristianismo.

Roma no tuvo filosofía propia: en la República y en el Imperio dominó la declamacion sobre la profundidad, la política y la retórica, sobre la filosofía. Los romanos creían inútil y perjudicial toda discusion metafísica: así lo demostraron los censores Enobarbo y Craso, publicando un edicto contra las escuelas de retórica, « porque la juventud iba allí á estar ociosa; » así lo demostraron tambien los destierros de muchos filósofos griegos.

Las creencias romanas se resentieron siempre de la religion del patriotismo, del

carácter de positivismo de un pueblo que empezó por el pillaje y siguió engrandeciéndose sólo por la conquista, á la cual sacrificaba como adorno y como accesorio la filosofía y la ciencia.

Por esta razon en Roma no hubo un verdadero filósofo: los dioses y el culto, la religion y la filosofía fueron importadas de Grecia ó de Egipto. Lucrecio, á quien algunos llaman pomposamente filósofo, no hizo más que copiar á Epicuro, exponiendo su doctrina y elogiando su descaro; Hora, fué tambien epicúreo; Ovidio materialista; Tito Livio en sus diálogos no pasa de un conocimiento muy comun de los sistemas griegos. Y téngase en cuenta que á un estós mismos que citamos trataron de la filosofía incidentalmente en sus versos ó en sus obras retóricas ó históricas.

Unicamente debemos hacer una excepcion en favor de Ciceron, que era naturalmente filósofo por su amor á la sabiduria, por su buen criterio, y por la aficion que siempre manifestó á las cuestiones morales y religiosas. No puede decirse que Ciceron tuviera su sistema propio de filosofía; pero expuso con notable claridad las doctrinas griegas, refutó los absurdos de los estoicos, escépticos y epicúreos con gran elevacion de ideas, y discutió en la moral con profunda penetracion.

Tampoco hubo en Roma verdadera ciencia: si hemos de juzgar por lo que Quintiliano nos dice acerca de la educacion, los jóvenes romanos dedicaban los años de estudio al conocimiento de la gramática, de la elocuencia y de la legislacion, sin recibir ni una sola idea científica. Roma no dejó, pues, nada absolutamente que merezca citarse en el estudio que vamos haciendo. La astronomia de Ciceron y sus creencias acerca de la existencia de Dios y de sus relaciones con el universo sólo son notables por el juicioso criterio que preside en todas ellas.

#### XIV.

#### RESUMEN DE LA FILOSOFÍA GRIEGA

Hemos expuesto uno por uno los principales sistemas filosóficos de la Grecia, y los hemos juzgado ligeramente refiriéndonos á la persona de su autor y á las circunstancias en que vivió. Fáltanos ahora considerar en conjunto todos estos sistemas, y examinar detenidamente el desarrollo y las consecuencias de aquella filosofía, cuya decadencia empezó en el momento en que perfeccionó su método; porque éste no había de servir más que para demostrar su impotencia.

La escuela jónica partió, como era natu-

ral, como debía hacerlo una filosofía primitiva, de la observación material del universo; hizo de Dios un elemento físico, y consiguió á lo más diferenciar el espíritu de la materia. La escuela itálica descubrió en la materia la ley de armonía y proporción; la eleática separó el espíritu de la materia, llegando á hacerlos contradictorios. A éstos pueden reducirse los primeros pasos de la filosofía griega ántes de Sócrates. Despues vino el idealismo de Platon y la tendencia conciliadora de Aristóteles. Todos estos sistemas desaparecieron ante la rápida y lógica extensión del epicureísmo y del escepticismo.

La filosofía, pues, marchó desde el dios material al principio etéreo y al primer motor; desde la confusión, no identidad, de Dios y el universo, al dios soplo, fuego ó espíritu, y al dios como principio animado de la vida material; rozándose con un panteísmo, no absorbente como el de la India, pero sí más prójimo al materialismo, y sembrando máximas que, reunidas más adelante, habían de ser la negación de toda la filosofía.

La primera época de la filosofía griega estuvo fundada en la contradicción entre Dios y el universo, sin que hubiera término hábil entre los dos de esta contradicción: ó el universo era Dios ó un conjunto de dioses, ó Dios y el universo eran incompatibles.

La filosofía de Platon y de Aristóteles dió en este punto un gran paso; por medio del estudio de las causas llegó á la primera. Pero el Dios-idea de Platon no tenía personalidad; y en cuanto á Aristóteles, ascendiendo hasta el primer sér por este medio, encontró sólo el primer motor, la primera causa; pero un motor mecánico, pero no el verdadero Dios, el Dios creador, inteligencia perfecta, bondad suma, providencia universal.

Este Dios, unido al mundo como el Creador y la criatura, como la causa y el efecto, fué completamente desconocido á los filósofos griegos. La eternidad de la materia que admitían todos no les permitía llegar más que á un Dios formador y ordenador del universo, pero con sujeción á unas modificaciones casuales ó fatales de la materia. Así, para progresar el conocimiento material del mundo, tuvo que divorciarse la física de la filosofía; de tal modo que los filósofos, en vez de subordinarlo todo, como hizo la escuela jónica, á un principio filosófico universal, seguían su propio sistema y admitían el atomismo. ¿Y qué era el atomismo, que adquirió tanta importancia y consiguió penetrar en todas las doctrinas por opuestas que fuesen? El atomismo era la declaración explícita de que las leyes naturales residían innata y esencialmente en la materia; la re-

belion contra todo sistema que quisiera buscar fuera de los cuerpos el principio de sus leyes; era, en fin, la consecuencia necesaria de la eternidad de la materia, sobre la cual no tenía Dios en realidad influencia alguna.

Admitida la eternidad de la materia con sus leyes propias y fatales, y considerando al hombre como compuesto de átomos más ó ménos ligeros, quedaba roto todo vínculo entre Dios, el universo y el hombre; se podía prescindir por completo de Dios, y se podía negar todo lo que no fuese el movimiento, que se presenta evidente á nuestros sentidos. He aquí, pues, á lo que en el fondo quedó reducido todo, aún en la misma doctrina aristotélica: al movimiento.

Pero, si las trabas de una filosofía inductiva y exclusivista contuvieron en la primera época el desarrollo de las ciencias exactas, no ménos le detuvo despues el atomismo, muy propio aún en la ciencia moderna para la explicacion de las propiedades de los cuerpos en cuanto éstos se consideren solamente como suma de moléculas, pero incapaz para dejar concebir al ánimo las grandes leyes, las grandes relaciones de esos inmensos astros que pueblan el espacio y giran con tan acordes y complicados movimientos. La doctrina científica de los últimos filósofos tiene bajo este punto de vista

toda la pequeñez, toda la miseria del átomo. El panteísmo, el misticismo, la secta jónica comprendían siquiera al universo en su conjunto igualándole ó confundiéndole con Dios; la filosofía atomística no veía más que moléculas reunidas al acaso, cuerpos aislados, cuyas propiedades eran individuales y se referían exclusivamente al mismo cuerpo. No existía, pues, ni aún la física; no había cosmología; porque del mismo modo que una porcion de átomos aislados sin vínculo ó ley alguna no pueden constituir por sí solos un cuerpo, una porcion de observaciones aisladas no pueden tampoco constituir un cuerpo de doctrina. Las propiedades atómicas que terminaban en el mismo átomo; las propiedades particulares de los cuerpos, contradictorias muchas veces, no podían servir para constituir un mundo ordenado sabiamente. Esta especie de formacion intelectual del mundo, que nosotros podemos hacer hoy, pasando desde la molécula indivisible hasta la concepcion del universo, era imposible á los griegos.

El átomo, considerado ideológicamente, no suministra á la inteligencia más idea que la del número, de la magnitud, igual, uniforme, inanimada; del número sin la significacion armónica que le dió Pitágoras, y sin la idea que envuelve en las matemáticas modernas la funcion, como ley de genera-

ción de los números. Y no es ciertamente sólo el número lo más propio para formarse idea de la magnificencia del universo.

Los atomistas no podían ver en el cielo, en el sol, en la luz, en el alma, más que un inmenso número de átomos; y como nada veían ni sentían más allá, el universo perdía ante esta prosáica magnitud toda su grandeza; del mismo modo que el Océano perdía su magnificencia para áquel que, contemplándole, decía: Esto es mucha agua.

La filosofía griega, según hemos visto, había concluido por declararse ineficaz para descubrir las verdades que el mundo necesitaba para progresar; el escepticismo, como doctrina práctica, extendida, no ya á la escuelas, sino al pueblo entero, y, como dogmatismo, más lógico que los demás sistemas, había demostrado de un modo irrefutable que tantos siglos de libre discusión no habían adquirido el criterio de certidumbre, ni siquiera la noción de las relaciones generales que unen á Dios con el mundo y con el hombre. Ahora bien, negar á una filosofía este criterio es minarla por su base: así había hecho de la filosofía griega aquel cuerpo agonizante que dejaba al mundo como única herencia un hijo ingrato, pero lógico: el indiferentismo, es decir, la nada.

Tal vez algunos rechacen el derecho con que el dogmatismo escéptico combatía el

dogmatismo de escuela; pero repetimos lo que hemos dicho: el escepticismo era lógico en el orden de las ideas; la negación empleaba para pelear las mismas armas que se empleaban para establecer la afirmación. Insistimos en este punto porque estamos acostumbrados á oír elogios entusiastas de las doctrinas de Sócrates, Platon y Aristóteles, y censuras terribles é injustas, bajo el punto de vista filosófico, del escepticismo griego. Nosotros elogiamos las máximas morales socráticas y platónicas que aparecieron en Grecia como un débil crepúsculo del cristianismo; las elogiamos, no sólo por su mérito absoluto, sino porque se presentaron como estrellas en medio de un cielo nebuloso; censuramos con toda acritud el escepticismo; pero no podemos dejar de conocer que aquellas máximas de un valor puramente personal, aisladas, en oposición muchas veces con la vida práctica de los filósofos, negadas públicamente ante el grosero culto de los dioses, no tenían razón filosófica y sistemática de existencia: así, en vez de ejercer una influencia viva, duraron lo que sus autores, al paso que subsistió el método socrático, porque fué un verdadero progreso.

Bajo este mismo punto de vista, si se nos preguntase cuál fué la doctrina más grande entre los griegos, y cual fué la más lógica,

responderíamos sin titubear: la más grande el estoicismo; la más lógica el escepticismo.

Los estoicos profesaban un culto fanático á la virtud. ¿Pero cuál era en Grecia la razón de este culto? Ninguna: la misma moral de Sócrates no daba un fundamento estable para la virtud. Mas para obrar bien es preciso tener una de dos razones: ó la severidad y la conciencia del deber que nos impulsan hasta el sacrificio, ó la facilidad de obrar: faltando lo primero, los estoicos afirmaron lo segundo, y allanaron el camino de los que creían el bien negando la existencia de los obstáculos del mal y del dolor.

El escepticismo y el estoicismo son un mismo sistema, una misma cosa en diversos terrenos, dos aplicaciones del mismo principio: los escépticos buscaron en la esfera intelectual lo que los estoicos en la esfera moral; la razón de las cosas, el criterio de la certidumbre: hallaron la multiplicidad de sistemas exclusivos y contradictorios; dedujeron de aquí la carencia de certidumbre y dijeron: todo es falso. Por esta razón no podemos considerar el escepticismo griego como una degeneración de ciertos hombres, sino como el término natural de una filosofía impotente. El primer objeto de todo sistema filosófico debe ser hallar la relación entre Dios, el mundo y el hombre, enunciar esa inmensa ley de armonía sin

la cual la creación sería un caos y la existencia un absurdo; pero precisamente esta relación fué el escollo en que se estrelló toda la filosofía griega.

El misticismo absorbente del Oriente, haciendo el universo una sola cosa con Dios, pudo prescindir de esta relación, ó presentarla bajo la forma de una serie de emanaciones, que en cierto estado de la filosofía puede reemplazar á la creación; pero los griegos, separando á Dios del universo, admitiendo la existencia contradictoria y eterna de Dios y de la materia, no pudieron conocer á Dios, ni conocer el universo. Por otra parte, las relaciones entre Dios y el hombre se conciben mejor considerando á éste como una emanación de aquél, que haciéndole parte integrante del universo y suponiendo su alma compuesta de elementos puramente físicos.

Hé aquí por qué era lógico Sexto Empírico, que fué el escéptico más incansable, al admitir sólo los conocimientos necesarios para la vida práctica; al rechazar aquella filosofía como serie de teorías que se extrañaban del sentido común y de la experiencia, y como serie de investigaciones inútiles y capciosas; y al decir que usaba su filosofía como la medicina, para curar al hombre del mal de dogmatismo.

El escepticismo no es, pues, sólo una ne-

gación; es la afirmación explícita de la imposibilidad de la filosofía griega; no dijo nada nuevo, no hizo más que emplear uno contra otro todos los argumentos contradictorios de los filósofos anteriores. Se trataba, por ejemplo, de negar la existencia de Dios, y decía: « Dios no puede ser infinito, porque lo infinito es inmóvil, lo inmóvil inanimado; mas tampoco puede ser finito, porque entonces no sería causa de lo infinito. Dios no puede ser corpóreo, porque lo corpóreo es perecedero por ser compuesto; ni incorpóreo, porque sería simple, y lo simple no es más que un elemento particular. Dios, en fin, no puede existir, porque si existiera realmente sería sabio y virtuoso, tendría prudencia, valor, etc., y estas cualidades no deben existir cuando no hay deseos, ni pasiones, ni obstáculos, ni temores, como no debe haberlos para Dios. Si Dios cuida de todo en el mundo, no puede ser bueno ni todopoderoso, puesto que hay males y no lo impide; si no cuida de todo, no es Dios; luego en ningún caso hay Dios. »

Ante argumentos de este género, ridículos tal vez hoy, pero cuya fuerza é importancia en aquella época hemos hecho ya notar, tenía que ceder una filosofía que no podía emplear otras razones para contestarlos; una filosofía bajo cuyos aparentes silogismos se ocultaba siempre la razón supre-

ma de los escépticos, la contradicción entre lo infinito y lo finito.

Consecuencia necesaria de esta contradicción, era una teología absurda, una antropología miserable, una cosmología incompleta, y por tanto, una moral sin base, porque desconocía la misión del hombre; una filosofía, en fin, en que, si había muchos errores, había más ignorancia. El error suele ser una verdad incompleta: hay errores científicos que han producido inmensas bienes á la ciencia; la ignorancia absoluta no puede producir nada. Y los griegos lo que tenían era ceguedad, ignorancia: caminaban completamente á oscuras, sin poder encontrar un camino bueno ó malo, recto ó equivocado, verdadero ó falso.

En el seno de esta ignorancia se preguntaban: ¿ qué harémos de Dios? Y unos hacían la idea eterna como Platon, y otros el sér feliz, sin misión alguna más que gozar, como Epicuro. ¿ Qué harémos del alma? Y unos la aniquilaban á la muerte, y otros la hacían pasar á los astros ó á los animales. ¿ Qué harémos de la virtud? Y unos hacían el placer, y otros el valor y la insensibilidad. « Preguntas ociosas, respuestas imposibles, » como decía Sexto Empírico. « Cuestiones que están para nosotros ocultas y cubiertas de espesas tinieblas: porque nuestro espíritu no puede subir al cielo, ni penetrar en la

tierra, ni descubrir cuál es el verdadero Dios entre tantos y tan diversos como presentan los filósofos, » según dice Cicerón.

Y no se nos diga que la conciencia, la evidencia de los sentidos en ciertos casos, la simpatía, la naturaleza pudieran presentar criterio alguno de certidumbre religioso ó moral, cuando los filósofos solían empezar por negar todo lo que no fuese la base de su sistema, de tal manera que del conjunto general de la filosofía resultaba la negación universal; y si algo se hubiera querido sostener como cierto, habría vuelto la época de los sofistas, que eran más estériles, bajo el punto de vista del criterio, que los escépticos.

Muchos filósofos modernos juzgan aquella filosofía ciega con el criterio que tienen en nuestro siglo, como podrían juzgar un sistema filosófico enunciado en nuestros días; y suelen desfigurar la verdadera doctrina de los filósofos, dándole con libres interpretaciones un fundamento que realmente no tuvo. Porque las bases que hoy quieren establecer algunos para la moral, como la humanidad, los vínculos sociales, la simpatía, la ley, el progreso, son todas hijas del cristianismo, disfraces que, por causas que en este momento no analizamos, ha tomado el principio fecundo de moral que arranca de la doctrina evangélica. Hoy es muy fácil á cualquiera sentar como principio de sus ac-

ciones una de tantas consecuencias como fluyen natural y necesariamente de la creencia innegable é innegada ya del Dios único, creador é infinito en sus atributos que tiene todo pueblo cristiano; de las máximas que á todas horas oye desde la infancia, y que forman parte de la naturaleza moral del hombre; del juicio público universal que forma una atmósfera, cuyo aire es el que da vida á nuestra inteligencia y á nuestro corazón.

Hoy el hombre regularmente educado está muy por encima, en punto á conocimientos exactos de todos aquellos profundísimos filósofos que después de tantos años de meditación sólo llegaron á saber algunas verdades incompletas. Hoy, repetimos, se nos dan por razón de moralidad una porción de cosas, que nosotros admitimos, aunque no como última razón, y que no pudieron conocer con todos sus esfuerzos los filósofos griegos. Suprimase la idea religiosa que infunde la madre en el corazón del niño; séquense de raíz esos primeros sentimientos de cultura que el hombre no puede olvidar jamás; quitense aquellas primeras impresiones que el niño empieza á recibir en la cuna ante una civilización muy adelantada; los consejos y las máximas que se imponen con la autoridad y el cariño, y pregúntese después qué fuerza queda para esas bases de



moralidad que se establecen, y, si aún débiles y todo, pueden presentarse á ningun entendimiento por sí mismas, cuando no tiene un corazon adornado ya de creencias.

Los hombres sienten ántes que piensan, oyen á la autoridad ántes que á la razon: los pueblos aprenden más en el regazo de las madres que en las escuelas de filosofia. Ahí es donde está nuestro progreso y nuestro porvenir, adonde hay que luchar llevan. do la verdad, la ciencia, la despreocupacion.

La experiencia nos dice que es absolutamente necesario buscar la ley moral dentro de nosotros mismos, en la conciencia; que es preciso admitir que cualquiera que sea el juicio humano, cualquiera que sea la norma á que ajustemos nuestras acciones, cualquiera que sea la religion que se profese, hay un tribunal superior, inapelable, recto, justo, para quien nada hay oculto, á quien es imposible engañar, y cuya mirada y cuya justicia eficaz penetra en los móviles, los medios y los fines de los actos humanos. Es necesario buscar la aprobacion interna de las acciones en ese Dios que aterrorizaba á Epicuro, « que lo ve todo, que lo prevé todo y que lo mira todo. »

La idea de esta justicia está encarnada en el fondo de la sociedad moderna, y de ella no podemos prescindir, aunque la neguemos; porque entra como elemento nece-

sario en la vida social, en las costumbres, en nuestras leyes, en todo lo que nos rodea, desde la cuna al sepulcro. Los ateos prácticos, de conviccion, que ajusten sus pensamientos y sus actos al ateismo, que no tengan en su alma más que el ateismo, no existen en la sociedad moderna sino como raras individualidades y se ven arrollados por la sociedad en todas sus manifestaciones.

Sea el criterio la ley, sea la simpatía, sea la utilidad, sea la opinion; todo esto es cristiano, todo es resultado de diez y nueve siglos de progreso dentro del cristianismo, todo está vivificado por el espíritu del Mártir del Gólgota.

Así es que, cuando la mas pura moral de los griegos quería establecer la regla de las acciones sobre la misma humanidad, no tenía más razon que acudir á las costumbres de los animales. De este modo creían dignificar al hombre, comparándole con un sér irracional, y dando por razon de su actos libres é inteligentes los actos del instinto de una bestia.

Como consecuencia de lo que acabamos de decir, concluyamos este ligero resumen de la filosofia griega explicando á nuestro modo un hecho que suele ser admirado.

Los filósofos griegos no tenían en su alma nada más que las ideas que predicaban,

y por eso las practicaban en todos los actos de su vida, sin reserva alguna por extrañas que fuesen. Los filósofos modernos no suelen practicar lo que sostienen de palabra ó por escrito: es cosa frecuente en nuestros tiempos ver que los que sientan en sus obras doctrinas extrañas ó absurdas, no sólo no las cumplen, sino que suelen ser personalmente débiles para realizarlas, y son los que más siguen en la práctica la costumbre general. Esto consiste en que los filósofos modernos tienen dentro de sí una cosa que es más fuerte, más inolvidable que la doctrina fundada en un sofisma ó en un esfuerzo intelectual. Pirron era fatalista, y no retrocedía ante un carro ó un abismo; Diógenes, que despreciaba el mundo, vivía en su tonel; Sócrates, que condenaba la ira, se dejaba pegar de su mujer. Los fatalistas modernos cuidan de su persona y de sus bienes, y elogian las grandes acciones; los materialistas piensan en la inmortalidad; los espiritistas obran como los demás humanos, sin consultar á sus espíritus. Los partidarios de todas las sectas, desde los coropistas hasta los neo-católicos, viven como vivimos todos. Y es que el cristianismo no es una palabra vana: es una influencia activa y eficaz, que ha modificado las costumbres; y sus máximas, su eficacia no se borran del corazón, ni de la sociedad, con un

silogismo ó con un delirio que no reconoce algunas veces más origen que el deseo de singularizarse; es que hay un progreso real, incontestable, invencible, y en el corazón del ciudadano moderno la convicción profunda de que es una insensatez luchar contra él sin caer, no sólo en el ridículo, sino en la imposibilidad de la vida social.